LUIS MELIÁN LAFINUR

LA HISTORIA

Y

LA LEYENDA





MONTEVIDEO
ES GRÁFICOS «EL ARTE», de O. M. BERTANI
quista, 196

1911

LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Señor doctor Carlos Martínez Vigil

Su afmo. amigo

Luis Melián Lafinur

PUBLICACIONES
DEL MISMO AUTOR

Estudio sobre la neutralidad.—Tesis para obtener el grado de doctor en Jurisprudencia.—Buenos Aires 1870.

Las mujeres de Shakespeare.

Exégesis de banderías.

Los Treinta y Tres.

Las charreteras de Oribe.

Charla menuda.

Sonetería.

Causa política de Avelino Arredondo (dos folletos).

El problema nacional.

Ecos del pasado.

Los grandes y los pequeños.

LUIS MELIÁN LAFINUR

LA HISTORIA



LA LEYENDA



MONTEVIDEO
TALLERES GRÁFICOS "EL ARTE", de O. M. BERTANI
Reconquista, 195
1911

MOTIVOS DE ESTA PUBLICACIÓN

El hecho de darse á luz en forma de opúsculo el insignificante trabajo á que estas líneas preceden, necesita ser explicado.

He sido, desde su fundación, de los más asiduos colaboradores de la «Revista Histórica» que se publica en esta ciudad. Con tal antecedente, á fines de agosto del corriente año el director de dicha Revista me pidió que le escribiese algo para el número que indefectiblemente se proponía editar en septiembre porque me significó que iba á concluir de una vez por todas con el retraso de varios meses que habían sufrido siempre los números del periódico.

Le contesté que mi ceguedad accidental me imposibilitaba para todo estudio en que tuviera que consultar por mi mismo libros y papeles.

No se rindió á mis excusas solicitando que cuando menos preparase algun trabajo doctrinario que con facilidad le dictaría yo á un escribiente, agregando que podía disponer de unos seis ú ocho días para entregárselo.

Vencido por las incesantes exigencias del director de la «Revista,» el 5 de septiembre puse en sus manos el artículo «La Historia y la Leyenda». Al día siguiente noté por sus medias palabras y reticencias que mi trabajo no le llenaba; y por fin el 18 del corriente me notificó por escrito que para mi artículo estaba cerrada la «Revista.» Este «úkase» me sorprendió porque yo entendía y entiendo que la «Revista Histórica» como las demás publicaciones de su índole en Europa y América debiera ser un palenque abierto á todas las opiniones para la controversia de una materia en que nadie puede pretenderse poseedor de soluciones definitivas.

Como el director de la «Revista Histórica» no es su propietario porque se trata de una publicación oficial, pienso que no tiene derecho para negarle la entrada en ella á ningùn escritor que guarde los cánones de la cultura y del estilo.

Ni la ley que la creó conjuntamente con el Archivo Histórico ni el Gobierno que hizo el nombramiento de director presupuestado por esa ley, han tenido el propósito de erigir una dictadura literaria ni restablecer la censura previa, ni transportar á Montevi-

deo desde Roma los procedimientos inquisitoriales de la santísima congregación del « Index » simplificados en la forma más expeditiva del fallo unipersonal é inapelable.

La «Revista» será la primera en experimentar los pésimos efectos del criterio de su director. Hoy se rechazan mis pobres producciones y con ello nada pierde la «Revista»; pero mañana se observará igual conducta con la obra de todo escritor independiente que no se preste à rendirle homenage á los prejuicios sociales, políticos y religiosos del Señor Director.

Aun reducida á la compilación de documentos, poca utilidad ha de prestar la «Revista,» porque si se aplica á los papeles históricos el mismo criterio estrecho que á los escritores, resultará que cuando los documentos contraríen los prejuicios del señor director, se relegarán á las calendas griegas ocupando lugar de preferencia fodo aquello que siendo menos interesante no esté en pugna con el modo que tenga el Señor Director de encarar los hombres y los sucesos.

Desde que en la portada de la «Revista» se dice textualmente que ella « no se res-
« ponsabiliza por las doctrinas y opiniones
« que emitan los colaboradores », llano es

que nada de lo que yo suscribiera con mi firma podría rozarle la epidermis al Señor Director.

Es original que en una revista histórica tan luego, le tenga su director miedo á la verdad y tiemble ante ella como un azogado; y que ese pavor real ó fingido se tome de pretexto para inferirme un agravio injustificado y ejercitar un acto de jactanciosa prepotencia que no le corresponde tanto porque la «Revista» no le pertenece, cuanto porque son tan difíciles como innecesarias en los tiempos que alcanzamos las resurrecciones de Catón el Censor.

Declarado mi pobre artículo indigno de ver la luz pública en la «Revista,» cuyas páginas inmaculadas mancillaría en concepto del Señor Director, y habiendo trascendido este incidente por indiscreciones que no son mías, me considero en el caso de poner al público de Juez para que diga de que parte está la razón y quien es en esta oportunidad el que defiende las conveniencias generales y los fueros de todo escritor independiente que tenga el concepto de su propia dignidad.

LUIS MELIÁN LAFINUR.

Montevideo, 30 de Noviembre de 1911.

LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Si bien pudiera creerse, de estar á una de sus acepciones, que la leyenda sólo debiera contraerse á sucesos de época remota, borrosos y conocidos únicamente por la tradición, sin ninguna otra referencia, documento ó antecedente, el hecho que pasa ante nuestros ojos, sin embargo, es que se hace leyenda de la historia contemporánea, y de los sucesos no muy lejanos en que fueron testigos ó actores nuestros compatriotas apenas de tres ó cuatro generaciones atrás.

Los declamadores de oficio, los inconscientes que falsifican la historia sin estudiarla, los que halagan las pasiones del vulgo con espejismos de gloria sin base real, sacan la verdad de su quicio para colocarla en el lecho de Procusto á que ajustan sus conveniencias personales fingiendo entusiasmos cívicos en busca de un éxito ruidoso á todo trance y por todo género de medios.

Esta clase de declamadores que desnaturaliza los anales históricos, abunda más que en ninguna parte en América; de modo que á favor de la mistificación y del engaño, se convierten en héroes de una nueva Yliada y en varones de Plutarco, los próceres que forja tan sólo una desviación de la moral eterna, pretendiéndose así servir los fines del patriotismo.

Pero en esta comedia, el histrionismo se sobrepone á las exigencias de un país que comprenda sus intereses y se dé cuenta de que, si de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, ese paso lo franquean bravamente los insensatos que ven en sus protegidos genios militares, estadistas y constitucionalistas, á los que sería ofender y calumniar si no se les declarase superiores á Wáshington.

La obra, sin embargo, de anarquías, de guerras civiles, de incitaciones á la intervención extranjera, de despotismo y de derrotas, no suele ser la más propicia para magnificar héroes y ungir semidioses, ni siquiera para trazar paralelos en que figure el virtuoso ciudadano cuya memoria venera el pueblo de los Estados Unidos.

La declamación vocinglera puede tener

el éxito de un momento, porque la mentira que se envuelve y perfuma en el incienso del civismo, suele sorprender y engañar á las gentes sencillas que no estu diando por si mismas los fastos del pasado, se alucinan con las apoteosis que se avienen con las generosidades de su corazón al par que con las aspiraciones de su orgullo nacional. Más como el velo de las supercherías á lo mejor se descorre, es el desprecio lo que queda en pié para los embaucadores de los pueblos, pues llega un momento en que no quieren dejarse burlar y en que piensan que los fueros de la verdad están mas arriba que las invenciones de convención.

Un déspota que se sustituye á la soberanía popular y arrastra su país á los mayores infortunios, no dejará de ser tal déspota porque sus panegiristas declaren que la absorción perpetua de poderes tuvo por único fin salvar la autonomía de una provincia ó de un país, ó por que aleguen que la paz pública y el deseo del órden hacían indispensable la abdicación de los derechos de un pueblo en las manos férreas de un amo.

Es una senda fácil de recorrer con triun-

fos accidentales y agasajos transitorios, la de aquellos que muestran seres sobrenaturales á un pueblo candoroso, dotándolos de todos los heroismos, de todas las virtudes y de todas las abnegaciones que con dificultad pueden encontrarse en un solo hombre, siquiera ese hombre se elija entre los que la historia presente como modelos de la relativa perfección humana.

Mas incomprensible y extraña resulta la pretensión de hallar semejantes hombres en agrupaciones de incipiente civilización, si se les busca entre los elementos incultos que salen de los ejércitos de la barbarie en pueblos nuevos, de territorios despoblados y de progreso aun no alcanzado. Presentar en estos estados caóticos como grandes estadistas y modelos de profesores de ciencia constitucional á los bárbaros que más se distinguieron entre las turbas de que surgían, es simplemente necio y absurdo, luego que las formas científicas y avanzadas del gobierno libre no se alcanzan por intuición ni adivinación, sinó que resultan de largas gestaciones y elaboraciones lentas y pacientes en el trabajo de los pueblos que poco á poco han llegado á la meta en materia institucional.

Los primeros ridiculizados en las exageraciones de la póstuma deificación son precisamente aquellos mismos á quienes se pretende glorificar con manifestaciones ficticias de adelanto y de intelectualidad radiante, cosas que fueron siempre un misterio para la mediocridad de sus condiciones personales.

Puede un individuo con ciertas dotes de resolución, de valor y de dominio, imponerse á las masas incultas en días de revolución, en que nadie tiene rumbos fijos; pero acaudillar á los habitantes de una desierta campaña y estimularles el amor á la libertad y el odio á la tiranía, no son por si mismos hechos que determinen ni aptitudes militares, ni virtudes estrictamente republicanas, ni entusiasmo por el orden; y claro está que si en esta clase de dominadores accidentales, hijos de las circunstancias y de su audacia, se puede encomiar el propósito de seguir una idea que cunde en el ambiente político de las revoluciones iniciadas por hombres de pensamiento, no ha de entenderse que la docilidad en seguir un propósito difundido en determinado momento, llegue hasta el extremo de convertir en genios militares,

estadistas y probos ciudadanos á los que impelidos por la vorágine de los acontecimientos han tenido un puesto de espectabilidad y de empuje en las grandes conmociones populares.

Cuando los caudillos arrastran á las multitudes al sacrificio por la patria, llevan á cabo una obra meritoria que los anales de un país recogen en sus pàginas; pero la historia se trueca en leyenda detestable cuando atenta á que sin beneficio de inventario se juzgen los hechos del caudillo, se le declare perfecto é impecable y se le elogie por aquello mismo que constituye su proceso ante la mirada imparcial de los que no entienden que el levantamiento contra un régimen opresor, dé derecho al que lo produce para convertirse en amo y señor del pueblo que abnegadamente lo ha seguido.

Las idolatrías que los declamadores y farsantes quieren sin sentirlas trasmitir á los pueblos, haciendo alarde de la más alta nota del patriotismo, son efímeras y generalmente no resisten el análisis metódico y sereno á que se entreguen los ciudadanos amantes de la verdad y realmente inspirados por un civismo acrisola-

do. Entonces desaparece el espejismo falaz de la leyenda para dar paso á la palabra austera de la historia.

Si para los declamadores y falsarios existen instantes de voluptuosa y frágil vanidad cuando logran fanatizar accidentalmente á una generación con los abusos de la mentira histórica y de las epopeyas *ad-hoc*, pueden en los escarceos de su voluble orgullo de un momento de sorpresa, estar seguros de que día vendrá en que nada ha de prevalecer de sus invenciones para embaucar á los necios siquiera sirvan de diversión á los discretos.

A un hecho real y verídico pero insignificante es muy fácil exagerándolo darle las proyecciones de un acto grandioso, siempre y cuando haya nacido el que á mentir se entrega dotado de esas condiciones de histrión que habilitan eficazmente para convertir lo blanco en negro en los delirios de una exhibición personal que busca á todo trance el medio de hacer ruido y llamar la atención. Para esta clase de farsantes que por punto general se cuentan entre los que nunca han pasado una mala noche por la patria, es muy fácil como saludadores que son de todos

los éxitos en las indignidades de su apostasía, aparecer en las avanzadas del civismo para con mirada retrospectiva compensar las bajezas del momento en que actúan. El fervor que demuestran por los personajes del pasado les sirve de pretexto para simular civismo extraordinario al endiosarlos incondicionalmente.

Pero las glorificaciones que los declamadores elevan á su vanidad al construir la peana que los pretensos héroes han de ocupar, suelen no resistír á la indagación de los pueblos cuando éstos descubren con ingénita sagacidad las ficciones con que se pretende embaucarlos por parte de aquellos que buscan la consideración de sus compatriotas, no por el camino recto de la verdad, sinó por el tortuoso de la mentira, procurando alentar y fomentar prejuicios, falsedades é ignominias que la declamación rastrera y hueca trata de adornar con los colores simpáticos de los triunfos inmortales y los prestigios de las acciones imperecederas en la memoria de los hombres.

La historia, pues, y la leyenda se mezclan y confunden deliberadamente en la obra de los falsificadores de los anales

del pasado, y un pasajero relámpago de gloria, y una actitud gallarda y una inspiración feliz en determinadas circunstancias, se conceptúan como el carácter distintivo y definitivo de una personalidad que tomó altura en un instante determinado y descendió después á los abismos del error ó de la maldad que borra y nulifica los honrosos antecedentes del pasado con abominables extravíos y con proyecciones odiosas.

Algunos de los jefes de la guerra de la independencia de América, no fueron más que oscuros oficiales subalternos del ejército español sin mérito para el ascenso, ó campesinos levantiscos ó frailes altaneros y bravotes, que en la Iglesia erraran su vocación.

Cuando la historia los toma en cuenta para hacerles justicia, no les niega el patriotismo que los llevase á los azares del campo de batalla; pero cuando los mistificadores de oficio se apoderan de ellos, entonces aparece la leyenda, y el movimiento del corazón espontáneo y generoso en los sublevados contra el régimen absolutista, se convierte inmediatamente en la supercheria de dotarlos de las mas ex-

traordinarias perfecciones, resultando así grandes estratégicos, insuperables estadistas y constitucionalistas de primera fuerza, individuos cuya ignorancia en todos los ramos del saber humano es notoria para el mundo entero con excepción de los declamadores que los elevan al quinto cielo de la sabiduría, de la abnegación y de la virtud.

En México dos curas heróicos dieron el grito de independencia; y aun cuando se descuente de su haber que estaban encelados y mortificados porque no pasaban de curas de aldea mientras que las grandes prebendas eran para los sacerdotes españoles, la historia hace justicia al coraje con que produjeron el alzamiento y derrama una lágrima ante su martirio y su tumba, porque tomados prisioneros, ambos fueron ejecutados. Y hasta aquí todo va bien mientras la leyenda no quiera convertir en ejército regular á la montonera de indios que acaudillaban los curas haciendo de estos generales de táctica irreprochable y precursores de una libertad y vida institucional, que hasta ahora no ha alcanzado el pueblo mexicano.

Pelearon rudamente por la independen-

cia; pero sería leyenda decir que dentro de su fanatismo y del fanatismo que imprimían á sus secuaces, bregaran ellos por una libertad que no entraba en sus aspiraciones, en sus antecedentes ni en su conducta; y es seguro que los libertadores católicos Hidalgo y Morelos no se habrían horrorizado como don Lorenzo de Zavala, el mas filosófico de los historiadores mexicanos, al presenciar como era que los curas tenían un verdugo en el atrio de las iglesias para azotar despiadadamente á los indios de uno y otro sexo, que hubiesen cometido el enorme crimen de faltar á alguna misa ó no enterar los diezmos puntualmente, sin perjuicio de que después de la azotaina que despedazó sus carnes, tuviesen la obligación de besar la mano del verdugo.

La historia mexicana se convertiría en leyenda si atribuyese á los curas batalladores la visión de lo futuro, el liberalismo de Juarez y las aspiraciones del pueblo que ha concluido por cansarse de la dominación personal de don Porfirio Díaz. Y ahora que despues de la larga noche de la tiranía se halla el alma azteca en las tinieblas sobre su destino, sería el colmo

de la insensatez atribuir antecedentes de constitucionalismo y de órden regular en la sociedad á los que nunca supieron preparar al pueblo para la vida institucional, que hoy mismo se presenta tan difícil como antes, con sus dos candidatos presidenciales, porque el señor Madero será el desórden, la instabilidad y la anarquía y el general Reyes no significará en el poder más que la segunda edición corregida y aumentada de la paz garantida hasta el día de su destierro por el último presidente llamado constitucional.

Los telegramas nos refieren en estos últimos días que cuando esos dos candidatos se presentan en una reunión política, reciben la mas entusiasta ovación de gritería, silvidos, denuestos y pedradas, que revelan cuan grande es la preparación del pueblo mexicano para la vida democrática; pero si se tratase de inquirir el origen de esos extravíos, algaradas y excesos, habría que amnistiar á los pobres aztecas para echar toda la responsabilidad de las asonadas sobre esos próceres para quienes la historia se muestra agradecida por sus incontestables servicios en las guerras de la independencia, sin perjuicio de que pres-

cindiendo de la leyenda que los unge como grandes republicanos y excelsos demócratas, habria que restablecer la verdad de las cosas, que no es otra sino esta: que las ambiciones y el afán de predominio y las satisfacciones del poder convirtieron en vulgares mandones, en sátrapas y tiranos á los que después de haber llenado con gloria las páginas de su vida para sacudir el yugo de la dominación extraña, española y francesa, no quisieron educar al pueblo, fortificarlo en sus derechos, levantarlo de su abyección y su ignorancia y señalarle el rumbo que lleva á la honrosa conquista del gobierno propio. Los mandones que desde un principio han abusado de la bondad del pueblo azteca sin saber encarrilarlo hacia la dignidad de sus destinos son los únicos responsables de la vida incierta y de los graves problemas que deja en pié el exilio del general Porfirio Díaz. Han preferido el régimen absoluto de Hernán Cortez al hermoso modelo de un gran pueblo que usa liberrimamente de su soberania y de sus prerrogativas para darse presidentes como Jefferson, como Lincoln y como Taft.

Llano es empero que á este resultado

no se llega por el camino de la leyenda que acompañó el absolutismo de Porfirio Díaz decorándolo con los prestigios de una paz asegurada por la fuerza á un pueblo que en el momento de verse libre de ella, se encuentra sin aptitudes para garantir aquella paz por el solo esfuerzo de su amor á la ley y su virtud republicana.

La leyenda deslumbradora pierde su intensidad ante las nubes de una desconfianza que se manifiesta con denuestos y pedradas á falta de los medios legítimos que la educación cívica y el patriotismo ponen en manos de los pueblos conscientes de sus derechos para impedir que los sospechosos y los indignos escalen con maña ó con violencia las alturas del poder.

Caído el mandatario que había considerado que la presidencia de la república era su propiedad, no queda de la fantasmagoría de la paz y el órden arraigados, más que el recuerdo de la tranquilidad transitoriamente obtenida sin la intervención del pueblo en ese beneficio ni el más mínimo progreso en la educación cívica para las luchas democráticas, panacea única de las conquistas definitivas en materia de instituciones y de gobierno libre.

La adulación de la leyenda había hecho un Wáshington del último presidente mejicano; mas la historia dirá que el pueblo que sojuzgó, adormecido al arrullo de los bienes de la paz sin libertades, al despertar de su letargo no sabe más que tirar piedras.

La leyenda que ha acompañado al general Díaz durante su larga dominación es más ó menos la misma que con diversos matices, según las circuntancias y la índole de cada pueblo. ha seguido los pasos de diversos régulos en todas las latitudes y nacionalidades latinas del nuevo mundo. A unos se les han atribuído por sus turiferarios las más altas virtudes de carácter general, á otros las mayores energías para repeler supuestos conatos europeos de conquistas territoriales; otros han sido debeladores de anarquías que se pretendían incurables, y los más han resultado en los panegíricos de sus amigos, secuaces y paniaguados, como los eximios factores del orden público y del progreso material, sin que haya faltado, porque debe haber para todos los gustos, el que exhiba sus más altos pergaminos como sumiso siervo del papa y fervoroso apologista

á palos de la Santa Religión del Estado.

Rosas ponía entre sus títulos de honor su defensa de la independencia americana, que estaba bien asegurada desde los tiempos de San Martín y de Sucre; y el combate de Obligado no significaba nada que se pareciese á un peligro de expansiones territoriales de la Francia en la Argentina. El episodio heróico se prestaba á la leyenda con perjuicio de la historia, y el déspota podía darse el lujo de comunicar á su pueblo entusiasmos que él no sentía y explotaba simplemente como un ardid de su política criolla.

García Moreno se dedicaba á la salvación de las almas y quería arrebatarle al infierno el derecho de achicharrar al pueblo ecuatoriano; y ayudado eficazmente por los jesuitas en esta piadosa y laudable tarea se creó una reputación de santo que deseaba extender á todos sus gobernados; y la leyenda es que si el Ecuador no es hoy la primera nación de la América Latina, eso se debe solamente á la heregía máxima de los pícaros masones que mandaron al cielo á García Moreno para que gozase allí las delicias de la vida seráfica. Entre tanto la historia dirá que

fué un malvado clásico, reconcentrado, hipócrita y feroz sin respeto à nada ni á nadie de lo cual entre otras pruebas está la de haberse solazado con la cruel humillación de los azotes impuesta á un benemérito general de la independencia.

Las actuales generaciones uruguayas apenas corridos algo más de seis lustros, olvidan ya la tradición sombría del tirano Latorre, habiendo gentes que en estos últimos tiempos han hecho la propaganda de que debe aquel facineroso encontrar en cualquier momento franca la entrada al país que supo afrentar con las atrocidades de su despotismo; y no faltaron cándidos que atribuyeron al gobierno hace algunos meses el propósito de hacerle á la República en conmemoración del 25 de agosto del corriente año el aguinaldo de una amnistía para el ilustre proscripto. Apoderada la leyenda del personaje lo presenta como el destructor de una anarquía que no fué otro sino él quien la habia incubado en los infames conciliábulos de la traición y del motín militar. Con la oliva de la paz en la mano se le presenta fomentando el progreso,. impulsando la enseñanza laica, (aun-

que no radicalmente) organizando la hacienda y prestigiando el órden público con las crueldades del taller de adoquines y la cooperación de ciudadanos entre los cuales algunos de vida privada honesta, que lo acompañaban en esta faz de sus manifestaciones políticas, cerrando los ojos á sus horribles crímenes. Ya se sabe, porque se ha repetido desde los tiempos más remotos, que con desiguales responsabilidades, hay dos clases de delincuentes dentro de las tiranías: los que despotizan y los que abdican de sus derechos y hasta de su propia dignidad: los que azotan y los que mansos y dóciles ofrecen la espalda al látigo.

Y cuando la leyenda se apodera de uno de esos personajes siniestros cuál el déspota uruguayo, le lleva en cuenta como circunstancia atenuante de sus delitos, las complicidades que halló para dar prestigio á su llamado gobierno, olvidando los atentados de todo género que todavía espantan por el recuerdo de una fiera que sobrepujando en ferocidad á todos los tiranuelos de la América Latina, se permitía el lujo de atropellar personalmente á los que para vejarlos llamaba á su casa, ó por

casualidad encontraba en la calle, sin ahorrar siquiera al cementerio en días de exequias alguna vergonzosa escena de cobarde y brutal agresión, siendo las víctimas por lo general, personas respetables y decentes acreedoras á toda consideración en cualquier país civilizado. Y así que mayor tiempo pase y hayan desaparecido los testigos presenciales de las fechorías, es seguro que los falsificadores de la historia que quieran echar un velo sobre los sucesos de ahora treinta y tantos años, como lo han echado sobre los de época anterior, exigirán prueba de escritura pública para comprobar los robos, peculados, asesinatos y atentados de la oprobiosa dictadura, relegando también al mundo de las invenciones, gracias como aquella de colocar un cuero ageno en el campo de un rico hacendado para esquilmarlo después con una multa enorme por el delito de abigeato; y se permitirán olvidar la humorada del descomunal bochinche y obscenas groserías en las bodas del general Aparicio; de igual manera que negarán la frenética ovación de que fué objeto un artista en el teatro Cibils, recibiendo del tirano y sus cultos acompañantes, el obsequio

de un buen número de aquellos adminículos que han dado mundial renombre á su inventor el higienista inglés mister Condom, desalojando el teatro las familias cuando dichos adminículos, previamente inflados, ocuparon el escenario adheridos á una moneda de cobre que con el peso les servía de base para que se mantuviesen erguidos, abultados y visibles.

De las leyendas del género infame, encomiásticas de tiranías, suele pasarse en nuestro país á las del género alegre y divertido. Y así como una virgen de Lourdes sirvió de modelo y precedente á la de Luján y á la uruguaya de Verdum, del mismo modo las vírgenes á quienes Belgrano y San Martín ofrecieron sus bastones, han hallado aquí, precisamente en estos últimos días, una nueva hermana en la virgen de los Treinta y Tres, de cuya celestial criatura no se había tenido jamás aviso hasta que de ella hizo solemne presentación en los campos de Florida, un beato militante, declamador de oficio, á quien nunca le falta tiempo para esta clase de indignas farsas y que se adelantaba con las frases de su peculiar oratoria trasnochada, al panegírico que de la re-

ciente virgen haría el cura de la iglesia en que iba á quedar en depósito su sagrada imagen.

El general Belgrano, muy religioso y rezador, podía de buena fé rendir los homenages de su culto á una virgen que adoraba con sinceridad dentro de los preceptos de su credo; y respecto del general San Martín que no era ni rezador ni beato, cabía que en beneficio de su causa transase con el fanatismo para encontrar apoyo en un pueblo que de ser contrariado en sus creencias, se habría resistido á darle soldados; y no hacía San Martín en su oportunidad otra cosa que lo que el general francés Menou había hecho en la campaña de Egipto cuando abrazó el islamismo para propiciarse la buena voluntad de los musulmanes. No son estos más que ardides que á la travesura de un general sugieren las circunstancias en que actúa y las necesidades en que se ve envuelto; pero como no hay antecedente ninguno de que el general Lavalleja fuese beato y rezador ante imagen alguna, ni consagra la historia que se viese jamás obligado como los generales San Martín y Menou á utilizar la superstición como medio de au-

mentar un ejército ó ganar la buena voluntad del pueblo que libertaba, es claro que se trata de la más vulgar y estúpida de las supercherías con la reciente invención, sin que falte otra cosa para completar la comedia que buscar en una casa de viejo algún bastón que acuse luengos años por el desgaste de su puño de plata y regatón, para consagrarlo como ofrenda retrospectiva del vencedor de Sarandí á la milagrosa virgen que amparó á los Treinta y Tres.

Ya se puede ver por esta farsa grotesca manipulada por un núcleo de beatos en el país más liberal de la América Latina, hasta que punto llevan sus ficciones, su histrionismo y su desvergonzada audacia, los adeptos del Syllabus cuando ante nuestros propios ojos, con su hierofante á la cabeza un grupo de embaucadores desafía con impavidez las burlas que merecen ceremonias que solo pueden dejar de ser una mistificación para convertirse simplemente en una suprema muestra de idiotez...

En presencia de semejantes leyendas que se deslizan á nuestra vista sin que sus inventores como los augures romanos se rían entre ellos de sus propias farsas

ya se echará de ver como se despachan á su gusto cuando ponen á contribución sucesos rodeados por el misterio de tiempos pasados, que se desean adaptar al presente para el logro de ventajas personales con la consagración de prejuicios que se cree que pueden prestar momentánea popularidad.

Los que no han pretendido otorgarle á Artigas el título de fundador de la nacionalidad uruguaya, se han contentado modestamente con discernirle el menos trascendental de precursor de ella. Las dos leyendas se han difundido de tal manera que hasta en documentos oficiales se llama al vencedor de las Piedras, alternativamente, fundador ó precursor de la República del Uruguay.

A los que prefieren la historia á la leyenda en todo momento, se les había hecho difícil comprender cómo era dable que pudiese subsistir ante el buen sentido ninguna de esas dos versiones, siendo así que Artigas siempre fué un caudillo federal, que rechazó la independencia de su provincia nativa aún en la misma oportunidad en que pudo obtenerla sin inconveniente de ningún género, puesto que se la

ofrecía la misma autoridad suprema de Buenos Aires, con quien el caudillo estaba constantemente en pugna.

El desarrollo de una nacionalidad es una evolución demasiado complicada, compleja y grande, para que quepa en el cerebro de un hombre, germinando como una semilla que se transforme luego en comienzo ó precedente de esas agrupaciones que constituyen un Estado libre é independiente.

La formación de una nacionalidad es lenta y evolutiva si se constituye paciente y pacíficamente, en cuyo caso es la obra del tiempo y de un conjunto de eventos que no pueden remontarse á la voluntad ó la clarovidencia de un hombre, ó es el resultado de una combinación de política internacional para asegurar la paz ó garantir fronteras de territorio neutral entre dos naciones rivales; y en este caso tampoco la creación de una nacionalidad puede ser el resultado de la voluntad ni de la visión profética del porvenir por parte del hijo de una nación creada por sucesos inesperados, agenos á su imposible previsión, de los misterios del futuro.

Si hay puntos oscuros en nuestra his-

toria, no es seguramente uno de ellos el relativo á la fundación de nuestra nacionalidad que, se halla completamente documentado y bien esclarecido, para que se nos quiera endosar la leyenda de un fundador ó de un precursor imaginarios.

Los patrocinadores de la mentira en una ú otra de las dos versiones á que hacemos referencia, han callado ante la verdad intergiversable sobre este punto que ha exhibido el más laborioso, entusiasta y decidido de los defensores de Artigas.

El doctor Eduardo Acevedo consagra tres abultados tomos á la tesis de que « don José Artigas es la más alta figura « de todas las que se mueven en el esce- « nario de la revolución Sud-Americana». No pone, sin embargo, en el haber de su semidiós los títulos que le discierne la leyenda y afirma en cambio lo siguiente: « quiere decir también que no es el fun- « dador, ni siquiera el precursor de la Re- « pública Oriental; que á ese título ni po- « dría ni debería erigírsele estatua alguna, « sin falsear la verdad histórica plena- « mente documentada en el curso de este « alegato ».

Y téngase presente que ni Wáshington

ni San Martín, ni Sucre han tenido un adorador tan fervoroso como el que ha hallado Artigas en la persona del doctor Acevedo. Los antiguos panegiristas son liliputienses á su lado. La emprende con Carlos María Ramírez porque dijo que Artigas había cometido un crimen cuando desertó del sitio de Montevideo, y con Francisco Bauzá porque afirmó que el desconocimiento del Congreso Provincial de la capilla de Maciel constituía el primer ensayo del caudillaje que pugnaba por no reconocer barreras al personalismo absorbente.

En sus adivinaciones del porvenir el doctor Acevedo vaticina para la póstuma rehabilitación de su héroe, que Artigas es el fundador del régimen federal argentino *(horresco referens!)* «y que su estatua surgirá en la Plaza de Mayo algún día».

El fenómeno psíquico del biógrafo que se enamora perdidamente del personaje cuya vida relata, es muy conocido y se reproduce tan constantemente como el del mancebo que en los albores de su pasión convierte á una tarasca en la diosa de sus ensueños; pero como la adolescencia pasa

pronto calmando los ímpetus del cariño, es posible y aun frecuente que el galán caiga en cuenta de su juvenil alucinación y de la fealdad de su adorada; no sucediendo lo propio con el escritor que en edad de madurez se encapricha con alguna figura que se le antoja extraordinaria y mirífica en los anales del pasado; de donde resulta que con la mayor buena fe del mundo y sin siquiera notarlo, se trueca de historiador en panegirista; y va sin decir que al hablar de buena fe no podemos referirnos á los improvisadores sin estudio, que en sus declamaciones rehacen su propia obra farsaica, con actos de repugnante piratería como en el caso á que alude el doctor Acevedo en una nota al final de su libro.

Las manifestaciones de auto-suges ión son tan frecuentes que á nadie puede extrañar que se registren en el Uruguay desde que igualmente se producen, con más ó menos frecuencia, en todas las latitudes.

En un libro publicado el corriente año en Santiago (1) se inserta una carta de don

---

(1) Lastarria y su tiempo — por Alejandro Fuenzálida Grandon — Santiago de Chile 1911.

José V. Lastarria en que acusa á Vicuña Mackenna de profesar la más ciega idolatría por los personajes que son materia de sus libros; de lo cual resulta que los primeros hombres de Chile, incomparables y únicos, son alternativamente José Miguel Carrera, O'Higgins ó Diego Portales, porque abrumadc el autor por la figura que perfila, no ve en el mundo nada que sea más original, admirable y prodigioso.

Aquejó esta enfermedad en su día al célebre historiador de la Revolución Francesa Luis Blanc, el cual seducido por el simpático, dulce y bondadoso carácter de Robespierre, ve en él la primer figura revolucionaria y lo dota de las más excelentes prendas y las mayores virtudes, olvidándose por desgracia el historiógrafo de que de haber vivido en los días del terror, habría sido un candidato seguro para la guillotina, porque eran precisamente los hombres de independencia y de elevado carácter como él los que el patriotismo de Robespierre consideraba más peligrosos para el interés de la Francia y el bienestar del género humano.

Esta enfermedad de idolatría, que aun cuando haya algunos casos no es endémi-

ca en Europa como lo es en América, la encuentra Fuenzálida Grandon en grado alarmante en el historiador Walker Martínez, el cual no acertó á pintar en Portales sino á un semidiós que se cierne purísimo entre las nubes, sin forma humana casi, y sin saber con que mortales igualarlo, lo comparó ridículamente con Wáshington y Cincinato.

Por su parte Lastarria se permitía diferir en algo del panegírico de Walker Martínez, porque habiéndose también Vicuña Mackenna dado el lujò de presentar á la posteridad la figura inmaculada del autócrata chileno, le dedica Lastarria un juicio sintético tan amable como el siguiente: « váyase usted á pasear con su Portales, « pues creo qué con este libro hace más « mal que con ninguno. Pervierte usted el « juicio público y presenta como grande « á un pillo de los que tiene nuestra tie- « rra á puñados. »

Es un timbre de honor para Chile que sus eruditos puedan discutir ampliamente los personajes históricos sin que ningún prejuicio de aldea los contenga en la noble obra de enseñarle al pueblo la verdadera historia, relegando con firmeza las

supercherías de la leyenda para los comediantes y los tontos.

Es una enseñanza realmente profícua y de que estamos muy necesitados en el Río de la Plata, esa de decir la verdad sin ambajes. cesando en la mistificación que exhibe superhombres en mortales que si prestaron alguna vez servicios, que estando bien documentados nadie los niega, en cambio cometieron errores cuyas tristes proyecciones se sienten todavía. La idea de mostrarnos seres impecables en los que en distintas esferas consumaron la independencia de América, es tan absurda como la de exhibír puramente como ambiciosos y malvados á los enérgicos ciudadanos que dentro de la época insurreccional, cometieron faltas á que nadie es ajeno, y que si muchas veces fueron el resultado de la ofuscación que les producía la responsabilidad del paso que habían dado, otras tenían por origen la anarquía que los desesperaba porque ponía en peligro un movimiento revolucionario que habría rodado al abismo de la derrota, sin las severidades y los golpes de audacia que si no siempre daban el mejor resultado, eran empero

generados por el nobilísimo propósito que al fin se impuso triunfante.

No hay que mostrarle al pueblo semidioses, por la sencilla razón de que la humanidad no los ha producido jamás y el que quiera encontrarlos no tiene más remedio que entrevistarse con Homero en las olímpicas páginas de la Ilíada.

Pase que á Cervantes y á Shakespeare los habiliten los fanáticos de sus obras para ejercer toda clase de funciones y desempeñar todos los oficios posibles y lucir todas las aptitudes imaginables, porque al fin y al cabo ambos eran genios y cabía que por adivinación resultasen jurisconsultos, médicos, numismáticos, astrólogos y peritos en todo lo demás que ha querido regalarles la fecunda y generosa imaginación de sus adoradores; pero este sistema resulta de pésimos efectos cuando se aplica á seres que por más que se esfuercen sus fervientes protectores, no pueden alcanzar la nombradía de genios universales, ya que el mérito no resulta de su actuación en el escenario del mundo, sino de la liberalidad de sus panegeristas al sublimarlos con los dones enciclopédicos que les descubren.

De la más famosa de las novelas y de los más portentosos dramas que haya creado el genio humano, pueden deducirse conclusiones concebidas por una hermenéutica literaria que se exceda de sus fueros para entrar en la región de los delirios. Esto, sin embargo, no es origen de ningún mal colectivo y apenas si ridiculiza á los que con una penetración sobrehumana ven en los citados genios literarios seres que son al mismo tiempo hombres de acción capaces de conquistar la Galia como César ó descubrir la América como Colón. Nada de esto pasa de una inofensiva fantasía que ni agravia la memoria de los taumaturgos que la motivan ni hace mal alguno al pueblo español ni al inglés; pero las cosas varían cuando la historia se transforma en leyenda para ungir con virtudes teologales, con patriotismo generoso, inteligente y esforzado y con habilidades universales, á personajes que presentando diversas facetas puedan tener algunas que al enaltecerlos no destruyan por completo las oscuras sombras de las otras; y aun puede suceder y acontece seguramente con frecuencia, que un ciudadano intachable y digno de encomio en determinada época

de su vida ó en los comienzos de su carrera militar y política, borre después con crímenes ó con errores graves, el buen efecto que causaron antes sus primeros pasos en la vida pública; de donde resulta que dividida la actuación de un hombre en diversas etapas, puede presentar sucesiva ó alternativamente aspectos que deban conducirlo al Capitolio ó arrastrarlo con justicia á la roca Tarpeya.

Y como para constituir una vida de pureza análoga á la de Wáshington, es indispensable que todas sus manifestaciones coincidan en el mismo punto de virtud, de abnegación y de civismo, no es ya con fragmentos divergentes y que se rechazan entre sí, que pueda modelarse un conjunto capaz de responder seria ni éticamente á la figura digna de presentarse á la posteridad exenta de errores y colmada de los más maravillosos dones.

No nos convencen los antecedentes legendarios de Guillermo Tell, de que así como los suizos se remontan á una fábula del siglo XIV para perfilar con indumento humano la simbólica efigie de un héroe ficticio, debe igual procedimiento aplicarse á los personajes de carne y hueso del pri-

mer tercio del siglo XIX, con los cuales en el Río de la Plata se codearon nuestros abuelos, dejando una tradición y documentos que hacen de todo punto inaceptable la analogía entre los remotos tiempos en que actuó el matador de Gesler, con los años más recientes en que jugaron papel prominente los hombres de la revolución de la independencia americana, y de la nuestra del Brasil.

Estamos cansados de oir en nuestro país, y no ya á espíritus vulgares, sino á gentes de primera fila, que los pueblos que no tienen héroes deben inventarlos, y que más ó menos, todas las naciones los han inventado, por la parte más baja al engrandecer con proporciones colosales á sus prohombres históricos. Esto que responde á la escuela de la mentira, lo rechazamos en absoluto y todo lo más que concedemos es que en algunos casos muy contados, los inventores de leyendas, bien que extraviados, hayan respondido á un sincero propósito de patriotismo. Pero en esto mismo se equivocan aun los que con buena intención desalojan á la verdad para prohijar la superchería.

Es cada vez mayor en el mundo, el afán

por la escrupulosa investigación del pasado. La leyenda napoleónica pierde terreno día á día para convertirse de leyenda de inmaculada gloria, en tradición de despotismo nefasto y deshonroso para la Francia; y aun en materias de remoto origen que muy poco tienen que apasionar al presente, se ha visto lo que perdió Renán en el concepto de los eruditos cuando por presentar á Jesús como una personalidad real, se puso en pugna con la crítica moderna, especialmente la alemana y la inglesa, que han probado en admirables é irrefutables exégesis, que antes del cristianismo existió en otros pueblos que no eran el pueblo judío, la leyenda de un Cristo que se había concebido en el seno de una virgen. abundando con este motivo en la demostración de la no existencia de un Jesús humano; de modo que para los hebraístas, la obra del célebre escritor francés, no es más que una encantadora novela en que con intenso amor se presenta el protagonista al cariño de los lectores mecidos por la seducción del mas hermoso é inimitable de los estilos literarios, sin que se tome á lo serio la tesis de que en Jesús tuvo Tiberio un contemporáneo.

¡Qué! ¿Será difícil la destrucción de una leyenda que cuenta veinte siglos? No tanto sin duda como lo desean los que juegan con la credulidad humana; y para tener seguridades de que la verdad acabará por triunfar en esta y otras materias, basta echar la mirada á los progresos que se vienen cumpliendo á favor de la derrota de mil supersticiones que día á dia se van desarraigando de la conciencia popular.

Y como se comprende, si ya se echan por tierra fanatismos que cuentan luengos siglos de prestigio, mas fácil ha de ser concluir con los endiosamientos políticos de moderna data.

Los mismos pueblos engañados serán los primeros en volver por los fueros de la verdad, porque ellos á fin de ser virtuosos y grandes no necesitan para nada la base de la mentira, y sabrán correr á silbidos á los sofistas y declamadores que los pretenden sorprender en su buena fe.

Aun siendo reales é indiscutibles las tradiciones más gloriosas, de nada sirven en el desenvolvimiento de la vida actual, si adormecidos los pueblos con recuerdos heroicos, olvidan las exigencias de la hora presente y descuidan el deber que á todas

las generaciones corresponde de bregar sin tregua hasta la consecución de los grandes fines civilizadores.

En las sombras del atraso vegetan hoy muchos pueblos que otrora se hicieron sentir con estruendosas manifestaciones; y en cambio, naciones que podríamos decir de ayer se abren por sí mismas, con pródiga mano y con seguro tino, la senda de un jubiloso porvenir.

No serán las tradiciones del caudillaje y la barbarie, las que en nuestro país perduren si hay buen sentido. Las fuerzas que se sustituyeron á la soberanía popular para disponer de nuestros destinos, abusaron de una prepotencia efímera, y nos dejaron atados de pies y manos en las garras del extranjero.

La independencia del Brasil nos vino después por la reacción contra tales tradiciones; y no serán éstas las que de una manera eficaz puedan pesar en el desarrollo de la cultura nacional como un antecedente que haya contribuído á prepararla.

A los elementos bárbaros arrastrados á la contienda por sus congéneres indispensables, se les puede colocar en su haber

el servicio importante que prestaron en la época revolucionaria, y eso será del resorte de la historia; pero si se les quiere sacar del papel de conductores de muchedumbres sublevadas, para convertirlos en organizadores de nacionalidades, sale esto ya del dominio histórico para entrar en el de la leyenda, por no decir, en el de la mentira sin disculpa.

A los pueblos en estado caótico ó embrionario pueden llevarlos al sacrificio por una idea, la de independencia verbigracia, únicamente aquellos individuos que destacándose con una relativa superioridad de habilidades sobre sus secuaces, participan empero de sus tendencias, pasiones y extravíos: es sólo en tales condiciones que se puede ser caudillo; mas por eso mismo no cabe trocar en estadista al que nació tan solamente para arrastrar masas por su analogía con el espíritu de ellas y por su prestigio personal; y como son distintas las aptitudes que se requieren según las circunstancias, no es tarea para un solo hombre constituír una doble personalidad que se genere á un tiempo mismo con la idiosincracia y las miras de Rivadavia y de Francisco Ramírez,

formando una sola entidad moral é intelectual.

Lo correcto para sahumar á un mortal con los perfumes de la gloria, es poner en la balanza de la justicia y la equidad, los servicios que prestó á su manera, y los errores ó crímenes á que fué impelido por su carácter ó por el ambiente en que actuaba, y según sea que el platillo se incline del lado de las buenas obras que realizó, podrá discernírsele el título que lo acredite hasta la posteridad como varón virtuoso y como héroe. Quien quiera. que sea el que llegue á manejar bien la balanza á que nos referimos, será el verdadero historiador que no podrá confundirse con los declamadores de la leyenda, porque habrá inscripto en las páginas de su obra la conciencia de su probidad; *amicus Plato, sed magis amica veritas.*

LUIS MELIÁN LAFINUR.

Montevideo, 5 de Septiembre de 1911.

